

Diablotexto *Digital*



SOBRETEXTOS: RESEÑAS

**Llamazares, Julio: *La lentitud de los bueyes; Memoria de la nieve*,
Raúl Molina Gil (ed.). Madrid:
Cátedra, 2024, 166 pp.**

LUIS GRACIA GASPAR
UNIVERSIDAD DE ALCALÁ
luigrac@ucm.es
<https://orcid.org/0000-0003-2259-1406>

Diablotexto Digital 16 (2024), 356-359
<https://doi.org/10.7203/diablotexto.16.29740>
ISSN: 2530-2337



Licencia de reconocimiento de **Creative Commons** "Reconocimiento - No Comercia l- Sin Obra Derivada"



Julio Llamazares vino al mundo en Vegamián (León) en 1955, donde su padre era maestro antes de que la localidad quedase inundada por un pantano. Tal desventura les haría trasladarse al pueblo minero de Olleros de Sabero en 1957 y, después, volver a emigrar a Madrid. Al regresar a León en 1975, conformó el grupo poético “Barro”, con un abierto cariz social, donde Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez o Antonio Gamoneda se erigirían como sus maestros históricos. A caballo entre Asturias y León, Llamazares publicó en 1979 su primer libro de poesía, *La lentitud de los bueyes*, mientras comenzaba a escribir artículos etnográficos y literarios. En 1981, dio a las prensas *El entierro de Genarín*, una narración prescindible y grotesca sobre el famoso pellejero arrollado en León.

Ese mismo año de 1981, el escritor se trasladó a Madrid y obtuvo el IV Premio de Poesía Jorge Guillén con *Memoria de la nieve*, para optar después por la novela. Publicaría, así pues, *Luna de lobos* y su celeberrima *La lluvia amarilla*, ambientada en el Pirineo aragonés; más tarde, *Escenas de cine mudo*, *El cielo de Madrid* o *Las lágrimas de San Lorenzo*, hasta convertirse en un novelista reconocido. Hoy, sin embargo, es un poeta casi ignoto, pues su lírica ha ido quedándose en el fondo del saco de su escritura. El investigador Raúl Molina Gil ha sido el responsable de extraerla, editando y estudiando *La lentitud de los bueyes* y *Memoria de la nieve* para darlos a conocer a los lectores de 2024. Su accesible edición, la primera crítica y anotada, ha visto la luz en la histórica colección Letras Hispánicas de la editorial Cátedra, y bien puede considerarse definitiva para con el recorrido literario del autor.

Como puede colegirse, la aproximación de Llamazares a la poesía acaeció cuando nuestras letras estaban presididas por la alargada sombra de los novísimos. Regresando a la lírica grecolatina, estos cultivaron una poesía que buscaba la atemporalidad, la religión natural o una moral más tolerante que cualquiera de los anteriores clasicismos. Julio Llamazares desatendió tales preceptos para abrazar una condición de lobo solitario, como se discierne en estos versos de *La lentitud de los bueyes* tan distintos a los que podrían firmar Pere Gimferrer o Luis Antonio de Villena:



Nada trasciende la densa mansedumbre de esta tarde.
Todo está en calma delante de mis ojos: las cigüeñas varadas sobre el silencio, y los
frutales florecidos más allá del tendido del ferrocarril.
En odres muy antiguos, tan antiguos que ni siquiera el dolor puede alcanzarles, está
guardado el tiempo. Y su costumbre deja posos más ácidos y azules que el olvido.
Como hierba crecida entre ruinas, la soledad es su único alimento y, sin embargo, su
sustancia es tan dulce como nata crecida (86).

No en vano, Llamazares crea una poesía con estética bárdica y campestre, donde la naturaleza más que un ámbito idealizado es un lugar indómito: “Lo natural se torna violento: frente a la lentitud de las playas y los invernaderos de la infancia, aparecen tormentas y el viento bramando” (34), sostiene Molina Gil a propósito de *Retrato de bañista*, trabajo que Llamazares había emprendido a comienzos de los ochenta y que nunca concluyó. El estudioso desgrana estos y otros distintivos de aquel tiempo en su aquilatada introducción, la cual es dividida en una primera parte dedicada a “la aventura lírica de un narrador poético” (13-37) y una segunda a las “claves interpretativas” de ambos títulos (38-66).

Como atestigua la última de sus citas incluida (34), Molina Gil acude a fuentes literarias externas a los propios poemarios, a lo que se añade cuantiosa documentación. Gracias a todo ello, el editor armoniza el sinuoso recorrido de los proyectos del escritor leonés, previamente contextualizados: “Lejos de asimilarse a una u otra tendencia, y a pesar de las inclusiones en antologías de distinto signo, Llamazares (como el caminante de sus libros de viajes) peregrinó en solitario” (27). En efecto, el poeta posterga cualquier molde creativo con objeto de plasmar el mundo antes del mundo, una labor ejecutada mediante un verso dionisiaco y una poesía salmódica. Así, Llamazares es el autor de una lírica “épica”, aunque desarmada, emparentada con Saint-John Perse; es, en suma, un errante literario que va de aldea en aldea cantando sus versos, como él mismo sugiere en la cuarta composición de *La lentitud de los bueyes*:

Yo vengo de una raza de pastores que perdió su libertad cuando perdió sus ganados y sus pastos.
Durante mucho tiempo mis antepasados cuidaron sus rebaños en la región donde se espesan el silencio y la retama.
Y no tuvieron otro dios que su existencia ni otra memoria que el olvido.
Caliente está la piedra donde bebían la sangre de sus vides al caer de la tarde. Pero qué lejos todo si recuerdo.
Qué lejos de mí la región de las fuentes del tiempo, el lugar donde el hombre nace y se acaba en sí mismo como una flor de agua.
Ellos no conocían la intensidad del fuego ni el desamor de los árboles sin savia.



Los graneros de su pobreza eran inmensos. La lentitud estaba en la raíz de su corazón. Y en su sosiego acumularon monedas verdes de esperanza para nosotros. Pero el momento llegó de volver a la nada cuando los bueyes más mansos emprendieron la huida y una cosecha de soledad y hierba reventó sus redes (88-89).

Al respecto de esta mención a los mansos, queda anotado a pie de página: “La marcha de los bueyes funciona como una metonimia de la migración forzosa de los pobladores”, puntualizándose asimismo, como se desarrolla en la introducción, que “en la lírica de Llamazares son siempre los animales amaestrados los que huyen hacia otras geografías” (89). He aquí una de las muestras que constata lo pormenorizado del trabajo llevado a cabo con la edición, la cual incluye variantes de sus composiciones (por menores que resulten), análisis formales y temáticos de numerosos pasajes o un extenso apéndice con gran parte de la poesía restante de Llamazares (157-166).

Tal afán de minuciosidad igualmente es palmario en apostillas con detalles sobre la dedicatoria de *La lentitud de los bueyes* (79), las ilustraciones originales de *Memoria de la nieve* (115) o la significativa “imagen de la noria”, rastreada tras figurar en uno y otro título (152). Apunta Molina Gil acerca de ambos: “Comparten un mismo aparataje simbólico, conformado por animales, nieve, plantas, bruma, silencios, colores, etc., que se expande en una geografía también común” (41). Este último aspecto, uno de los más esenciales para descifrar la poesía de Julio Llamazares, es convenientemente desarrollado en un subapartado (54-61), donde se examina el referido símbolo del buey.

En conjunto, mediante su “rumbo a la memoria” (151), el vate leonés aporta una genuina declaración de principios y una celebración del mundo más rústico y elemental. Se trata de la poesía de un hombre culto que ha elegido ser bárbaro; de una escritura insumisa y campestre; de construir una lírica lunar y rural; de esperar cual lobo estepario el rebaño donde pacemos los corderos, como “último intento de dejar constancia de un mundo abandonado a su suerte” (46), según previene el editor. Raúl Molina Gil corrobora, pues, que Julio Llamazares encubre un estupendo juglar que abandonó los caminos de la poesía para asentarse en la novela. Como estudiosos y lectores, solo cabe desear que regrese a escribir versos, ya tan solo presentes en la nieve, “en las dunas del tiempo” (137), sabiamente desentrañadas en esta nueva y perenne edición.